

## Las enseñanzas de un cuerpo solitario: filosofía y soledad.

Reynaldo Padilla-Teruel

Encuentro de la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía: ¿Cómo enseñar filosofía?

Museo de Arte Contemporáneo

San Juan, Puerto Rico

25 – 26 enero 2019

*Este incompleto texto nace de otro incompleto texto titulado “Being alone in the city”, presentado el pasado año en un congreso de Filosofía y la Ciudad, celebrado en Bogotá. En aquel texto se exploró las afecciones de la soledad desde la experiencia de lo urbano y el contexto de la ciudad. Pero desde ese momento me quedaron muchas más inquietudes que luego se fueron perfilando brevemente en este otro incompleto texto. Y siguiendo la misma línea del Prof. Aragunde, como dijo ayer, tampoco creo en tal cosa como enseñar filosofía por que la filosofía (a parte de que no se puede enseñar) no se puede, tampoco, aprender. Sólo se puede filosofar... la filosofía es verbo. Me gusta maquinarme cuando hablo solo, que la pregunta por la cosa –convertida en la única cosa... esa cosa que llamamos filosofía– viene de “filo” y “sofía”, o sea, filo de cuchilla y sabiduría. Un tipo de sabiduría cortante. Siempre que hablo solo, me digo que sofía no solo ama, sino que tiene filo... la sabiduría corta y hiere porque también es filosa.*

Somos corpóreos. Eso indica que tenemos cuerpo y que somos cuerpo. También indica que el cuerpo humano existe, pues así lo determina su nacimiento y lo limita su muerte. Sin embargo, el cuerpo es, y existe como cópula de la vida; pero la vida es suplemento a éste. La vida se le impone al cuerpo y éste resiste. Cuerpo y resistencia, cuerpo y forma, cuerpo vital. En arquitectura la forma puede descansar en las ruinas, pero la forma de nuestro cuerpo no descansa, el cuerpo cansado y deformado aun tiene que ser, tiene que seguir siendo cuerpo y corporeidad.

La existencia humana puede ser ex-sistencia, pues el ser humano puede existir fuera de sí pero no abandonar los predios de su cuerpo. A lo mas, puede estar solo consigo mismo.

Estar solo no solamente indica un peculiar estar, sino que también es un modo de ser. Difícil serlo ante tanta cosa que hay, pero estando solos nos es posible abrirnos a la reflexión sobre ciertos estados de ánimo que quizás de otra manera no nos serían accesibles; y no es solo el acceso a su reflexión, sino al sentir propio de las afecciones que involucran.

Esta aperturidad que puede generar la soledad se da como atestación de que el cómo nos encontramos no tan solo refiere a un mero “de tal o cual modo”, sino que principia en nosotros una «*Stimmung*» que se patentiza como involucramiento de nosotros en y con el mundo. Este involucramiento es a modo de un estar en el mundo y la significancia de su devenir como vida vivida. Es por esto que la soledad del monje medieval, la soledad en la que practicamos la lectura profunda y la soledad que nos viene sin desearla, por ejemplo, siempre apuntan a algo –sea más allá o más acá– que le desborda en sentido.

El cuerpo rendido a la soledad del camino espiritual, a la soledad del camino verdadero, esa es la soledad del monje. Una soledad piadosa de sí misma pero temerosa de Dios. Podemos también pensar la soledad del lector, una soledad también deseada y autoinfligida pero menos peligrosa. Sin embargo la soledad que nos viene cuando no la deseamos es una soledad que nos cae pesada porque justamente es indeseable. Este sentido la soledad muestra el carácter de sufrimiento sin dejar de ser potenciadora. Tenemos el ejemplo de la soledad del confinamiento...

Una cosa es estar solo, otra es sentirse solo, escuchamos decir... pero ¿cual es la diferencia? ¿Que se quiere indicar con tan sutil variación del verbo? Estar y sentir son modos de ser muy distintos entre sí pero si tomamos en cuenta el “estar” y el “sentir” en cuanto a las afecciones, notaremos muy de pronto que tal distinción no es necesariamente satisfactoria. Un paciente de cáncer, por ejemplo, estando gravemente enfermo puede sentirse genial. La enfermedad es una cosa, el sentirse enfermo es otra. Dejando a un lado la distinción patológica de “estar” y el “sentir(se)”, pareciera que en cuanto a la soledad, sentirse solo es saberse solo.

¿Y este saberse solo no es una afectación? No decimos “la soledad” sino “saberse solo”. La soledad de la semilla, la soledad de una gota de agua o del numero uno no son afectaciones o dolencias de estos entes, por eso quiero hacer pensar precisamente el “saberse solo”. Pero ¿por que saberse solo y no la soledad? Pues porque la soledad (de existir realmente) es propiedad de lo ente, de lo individual, mientras que saberse solo es comprensión, o mejor dicho, autocomprensión. Autocomprensión del ente, por supuesto, pero en la esfera óptica de su peculiar ser ente. La soledad es un *pathos* y estar aborrecidos de la soledad es *a-pathos*; onto-metafísica transformada en onto-patética.

No es solo la conciencia de sí lo que nos permite este sentir, o sea que la piedra o la semilla no “se saben solas” porque no poseen conciencia o autoreferencia. No me importa eso aquí. Sino que se sabe solo aquello que se pueda ver afectado por su soledad y por el propio conocimiento de saberse solo.

Si toda comprensión es autocomprensión, lo que se nos ofrece como abierto de la soledad es la encarnación del momento a solas, momento que refiere a un horizonte trascendental y a la vez ergonómico de la comprensión de este cuerpo, mi cuerpo, un cuerpo solitario. Un cuerpo no solo individualizado e individual, sino que cuerpo que también se sabe solo entre muchas otras soledades en conjunto. Cuerpo que dejándose afectar por la soledad, sabe de sí, y sabe también lo que le involucra y le envuelve. El único cuerpo del cual podemos dar cuenta que desocupándose de todo puede sentir la preocupación de tenérselas que ver obligado a ocuparse de sí mismo. Queda indicada aquí la afectación de un cuerpo ante una soledad potenciadora y destructora, pues lo mismo hace que deshace. He aquí los momentos filosóficos de la soledad.